Desarrollo "En Perspectiva"
Diciembre de 2006
02

FRIDE
FUNDACIÓN
PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES
Y EL DIÁLOGO EXTERIOR

El posconflicto bajo el prisma de las víctimas

Desarrollo "En Perspectiva"

La publicación de FRIDE Desarrollo "En Perspectiva" proporcionará información a fondo sobre una cuestión de actualidad relativa al desarrollo. Su objetivo es incitar el debate y analizar las implicaciones para las políticas de cooperación.

FRIDE

La Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) es una organización privada, independiente y sin ánimo de lucro, con sede en Madrid. FRIDE concentra sus actividades en cuestiones relacionadas con la democracia y los derechos humanos; paz y seguridad; y acción humanitaria y desarrollo. A través de sus áreas de investigación, FRIDE tiene como objetivo influenciar las políticas de los Estados y fomentar la información pública.

FRIDE inicia el proyecto *Promoción del empoderamiento en situaciones de posconflicto* con la elaboración de un marco analítico en el que se sustentan las fases consecutivas. Para ello, se ha elaborado una serie de breves documentos, como el presente, que pretenden aclarar conceptos, definir instrumentos y examinar medidas, con el objetivo de entender las situaciones de posconflicto, a través de un enfoque concreto, los procesos de empoderamiento. A partir de este punto se pretende estudiar de qué manera el empoderamiento puede ser un instrumento eficaz en la prevención de conflictos y en la construcción de la paz. Aunque cada documento proporciona un análisis independiente, una lectura completa de la serie presenta una visión más amplia. La meta final de este proyecto es suscitar el recurrente debate sobre la necesidad de comprender el desarrollo desde una óptica distinta a la tradicional.

Paula San Pedro

Más del 30 por ciento de los países del mundo se encuentran en una situación extremadamente peligrosa. En el año 2005, alrededor de 20 países estaban en conflicto y 50 trataban de emerger de la crisis.[1] Aunque estos datos varían según la fuente, de lo que no parece haber duda es que la transición de guerra a paz es como mínimo difícil; un 44 por ciento de los países en conflicto vuelven a la violencia en los cinco años posteriores al acuerdo de paz.[2] Una cuestión fundamental para poder revertir esta situación es situar a las víctimas, los rostros invisibles del conflicto, en el centro del análisis y de la práctica. La cooperación internacional, además de reconocer su valor, debe entender qué es un escenario de posconflicto, sus causas y sus consecuencias antes de iniciar su intervención.

I. ¿Qué es una situación de posconflicto?

Conflicto hace referencia a la violencia armada en la que se enfrentan grupos de varias índoles, tales como fuerzas militares, guerrillas, grupos armados, paramilitares, comunidades religiosas o étnicas, empleando armas u otros métodos destructivos. Teóricamente los conflictos se miden por su nivel de intensidad lo que implica que un conflicto causa 25 muertes directas anuales mientras que una guerra asciende a 1.000 víctimas anuales. Aunque este es un criterio cuantitativo útil de clasificación, hay que tener en cuenta otra serie de factores como la extensión geográfica de la violencia, la población total del país, el nivel de destrucción y los desplazamientos que provoca. Este estudio va a hacer un uso laxo del término "conflicto" ya que se va a emplear en todos los contextos sin distinguir su nivel de intensidad. Esto se debe a que en la "jerga" internacional este término es el más comúnmente empleado.[3]

Los conflictos armados de la actualidad, las llamadas "nuevas guerras", se caracterizan por ser en su mayoría internos aunque con implicaciones regionales e internacionales debido a los flujos de refugiados, el comercio de armas, y las relaciones financieras y políticas que se generan. Otra de las singularidades es que el 90 por ciento de las víctimas de los conflictos actuales son civiles

[1] Megan Burke, 'La recuperación del conflicto armado: lecciones aprendidas y próximos pasos para mejorar la asistencia internacional', FRIDE Documento de trabajo N°22, abril de 2006; e Informe de la Escola de Cultura de la Pau, 2006.

[2] Paul Collier, V. L. Elliot, Håvard Hegre, Anke Hoeffler, Marta Reynal-Querol y Nicholas Sambanis, *Breaking the Conflict Trap: Civil War and Development Policy*, Banco Mundial y Oxford University Press, 2003, p. 7; y 'Aid, policies and risk in post conflict scenarios', 2006. A pesar de que ha sido una cifra extensamente citada, actualmente empiezan a haber otras nuevas que reducen esta cifra al 25 por ciento. Independientemente de la cifra exacta, la tendencia al resurgimiento del conflicto sigue siendo la idea que se quiere subrayar.

[3] Conflicto y guerra también se distinguen en que el conflicto no tiene porqué ser necesariamente violento ni tampoco negativo; muchas veces constituyen elementos normales en relacionales sociales que contribuyen al cambio.

frente al 10 por ciento de militares, proporción inversa a la de principios del siglo XX. A ello se añade un dato poco alentador: más de un tercio de la población mundial está expuesta a la violencia armada.[4] Son los países pobres quienes corren la peor suerte, alentados, en parte, por el comercio de armas (el 75 por ciento del comercio se dirige a estos países), la corrupción y la fragilidad de sus Estados e instituciones. La suma de todos estos factores les lleva irremediablemente a tener mayor riesgo de caer en ciclos de violencia. Así por ejemplo, según las estadísticas, algo menos de la mitad de los conflictos del mundo se concentran en África.

Cuadro 1. Número de conflictos armados en 2005

África	Algeria, Burundi, Costa de Marfil, Nigeria, República Democrática el Congo, Somalia y Uganda
América	Colombia y Haití
Asia	Afganistán, Filipinas, India, Indonesia, Nepal, Sri Lanka y Tailandia
Europa	Chechnia
Oriente Medio	Irak e Israel-Palestina

Fuente: Informe de la Escola de Cultura de la Pau, 2006

Si bien no existe un vínculo inherente entre pobreza y conflicto, hay mayor probabilidad de violencia en sociedades marcadas por una polarización profunda, unas instituciones débiles y una pobreza crónica. En cambio, sí hay una relación directa entre crecimiento y conflicto. Según estudios,[5] los países con ingresos per cápita de 600 dólares tienen la mitad de probabilidad de enfrentarse a una guerra civil que los países con ingresos per cápita de 250 dólares. Esto sugiere que la pobreza y el bajo crecimiento se asocian al conflicto, que a su vez refuerza las condiciones para que exista más pobreza y un bajo crecimiento. Para muchos países, la trampa del conflicto es parte de la trampa de la pobreza. Existe otra fuerte asociación entre un desarrollo humano bajo y conflicto. En efecto, la violencia es una de las vías más directas y rápidas para llegar al nivel más bajo de la lista del *Índice de Desarrollo Humano* (IDH) y es uno de los indicadores más significativos de una permanencia prolongada en esta situación. Nueve de los 10 países que se clasificaron últimos en el IDH de 2005 han sufrido un conflicto en algún momento desde 1990. La otra cara del desarrollo humano es la seguridad humana. Esta noción alude a la seguridad frente a amenazas crónicas y a la protección ante disrupciones repentinas de la vida cotidiana. El conflicto, por tanto, socava la seguridad en ambas dimensiones: refuerza la pobreza y devasta la vida de las víctimas.

Dado que no hay una definición consensuada[6] de qué es una situación de posconflicto, este estudio considera que "posconflicto" es el período de tiempo en el cual las hostilidades del pasado se han reducido al nivel necesario para que las actividades de reintegración y rehabilitación se puedan iniciar. El fin del conflicto

[4] Véase F. Stewart y V. Fitzgerald, *War and Underdevelopment. The Economic and Social Consequences of Conflict*, 2000.

[5] Macartan Humphreys, *Economics and Violent Conflict*, Cambridge, Mass., 2003.

[6] Otros términos relacionados con posconflicto, como mantenimiento de la paz, sí cuentan con una definición consensuada.

requiere que el cese de la violencia se plasme en un acuerdo armisticio con el subsiguiente restablecimiento de la paz. En muchas ocasiones, este punto de inflexión está marcado por el retorno de los refugiados y de las personas internamente desplazadas. Este término incluye, por tanto, una gran variedad de escenarios que van desde un conflicto de baja intensidad a una paz inestable hasta un conflicto resuelto. Cada una de estas situaciones, y las variantes entre ellas, representan distintos niveles de estabilidad. Lo que comparten todas ellas es el hecho de que la aguda crisis humanitaria ha finalizado, el proceso de reintegración se ha iniciado, y la recuperación política y económica se ha emprendido.

A pesar de ello, la distinción entre conflicto y posconflicto es poco clara. Independientemente de un acuerdo de paz, los conflictos actuales tienden a ser crónicos, y persisten por años o por décadas. Núcleos de aparente estabilidad pueden revertir en focos inseguros, por lo que es difícil saber cuando el conflicto ha cesado definitivamente. Según datos del Banco Mundial,[7] tras el fin de las hostilidades hay más de un 40 por ciento de probabilidad de que el conflicto vuelva a surgir. Este riesgo se reduce un uno por ciento cada año de paz. El mejor vaticinador de un posible conflicto es, lamentablemente, un conflicto pasado. Por ello, cualquier situación de posconflicto, si no se maneja adecuadamente, es potencialmente peligrosa y la probabilidad de que la violencia resurja es elevada. Hay varios factores que explican este riesgo. El conflicto ha permitido que se hayan organizado grupos rebeldes con capacidad militar, la violencia se haya convertido en un uso normal y que la sociedad esté preparada para la guerra. A esto hay que añadir que ciertos grupos de la sociedad tienen interés en restaurar el conflicto por los beneficios que han estado percibiendo durante ese período. Son los sectores (militares, políticos, comerciantes) que se han hecho poderosos con la guerra, controlan el mercado ilegal y atemorizan a la población.

Cuadro 2. Emergencias Políticas Complejas

El término emergencia política compleja (EPC) fue acuñado en Naciones Unidas para describir las principales situaciones de crisis que proliferaron desde 1989. Según la ONU una EPC es una crisis humanitaria de naturaleza multicasual, aunque muchos autores, entre los que destaca Duffield,[8] señalan que se caracteriza por ser principalmente una larga crisis política. En su dimensión más amplia, una EPC se identifica con el conflicto armado, los desplazamientos, las enfermedades y las hambrunas. A ello se une el debilitamiento o colapso de las estructuras económicas y estatales. Frecuentemente, las emergencias complejas son exacerbadas por desastres naturales y redes de transporte inadecuadas. Conforme a ello, la respuesta debe de ser sistemática y en la que se combina la intervención militar, actividades de promoción de la paz, programas de ayuda y diplomacia de alto nivel, entre otras acciones.

[7] Paul Collier, et al, 2003, op. cit., p. 7.

[8] M. Duffield, 'The political economy of international war: asset transfer, complex emergencies and international aid', en J. MacRae y A. Zwi (eds), 1994.

II. ¿Cuáles son las causas del conflicto?

Los conflictos violentos y la inseguridad no ocurren simplemente. La mayoría de las veces sus causas fundamentales se han venido enconando durante mucho tiempo. Esto supone que cada conflicto es específico y se debe contextualizar bajo sus propios parámetros. A pesar de ello, se pueden identificar ciertas raíces comunes que se agrupan en cinco áreas:

1) **Políticas.** Se caracteriza por unas instituciones frágiles, un sistema democrático ineficaz, una lucha por el poder político y un elevado nivel de corrupción. En la mayoría de las ocasiones, las crisis se agudizan porque estos factores tienden a interrelacionarse y retroalimentarse. Esta situación deriva en la total incapacidad del Estado para cubrir sus funciones principales hasta el punto en que las obligaciones y responsabilidades de éste frente a la sociedad cesan.

2) **Económicas.** El factor económico de mayor riesgo es la elevada dependencia de los ingresos del país de la exportación de materias primas. Según estudios,[9] si la exportación alcanza el 26 por ciento del PIB, el riesgo del conflicto es del 23 por ciento. Este factor explica en gran medida por que la mayoría de los conflictos se centran en los países pobres, especialmente en África Subshariana, donde las materias primas son el motor de la economía nacional y producto básico de su exportación. Por ejemplo, en Etiopía el 60 por ciento de las exportaciones son de café, en Costa de Marfil el 40 por ciento corresponde a cacao y en Angola el 92 por ciento es petróleo.

3) **Autonomía e independencia.** Un grupo minoritario (o en algunas ocasiones mayoritario) reclama el poder político sobre una zona geográfica concreta por diversas razones culturales, históricas, políticas, económicas o étnicas. Este tipo de conflictos se caracteriza por defender una identidad no satisfecha aunque pueden haber otros factores que agudizan la marginación de la población afectada.

4) **Recursos y población.** La lucha por el acceso a los recursos naturales (especialmente la tierra y el agua) puede resultar en un conflicto sobre todo en aquellos países donde no hay una adecuada protección legal e institucional de los mismos. Las migraciones y los consecuentes desplazamientos de la población autóctona pueden ser otra de las causas del conflicto ya que pueden generar tensiones.

5) **Geográficas.** La dispersión geográfica de la población puede mermar la capacidad del gobierno para controlarles (un caso claro es la República Democrática del Congo). Estudios[10] señalan que la probabilidad de que un país con elevada dispersión estalle en conflicto es del 50 por ciento. Este valor desciende al tres por ciento en países con alta concentración de población.

[9] Véase P. Collier, 'Economic causes of civil conflict and their implications for policy', Development Research Group, World Bank, 2000.

[10] Ibid.

A pesar de esta distinción, hay que tener en cuenta que en la mayoría de los casos estas causas no están aisladas sino interrelacionadas. Por el lado político, una estructura estatal e institucional débil permite, entre otros factores, el mercado paralelo, las desigualdades de renta y la mala distribución de los recursos. En la esfera económica, un aumento de las actividades comerciales ilegales puede crear un sistema político en el que se incentiven las desigualdades y se dificulte el acceso a los recursos. En el ámbito geográfico, un aumento de la población puede implicar una mayor competencia para acceder a los recursos, a la educación y a las oportunidades laborables, necesidades que serán difíciles de satisfacer si no hay una red institucional y social sólida y efectiva. Esta multiplicidad de relaciones causales comporta la necesidad de realizar un análisis de conflicto ya que es el único modo de entender la especificidad del contexto y el entramado de la crisis.

Cuadro 3. Análisis del Conflicto

El análisis del conflicto es un estudio sistemático del perfil, las causas, los actores y las dinámicas del conflicto. Permite que todos los actores trabajando en ese contexto tengan una mejor comprensión de la realidad y les ayuda a entender su rol. Además, recoge la interacción entre la intervención y el contexto, y así poder tratar de evitar los impactos negativos y maximizar los positivos.

Por todas estas razones este estudio debe ser previo a cualquier intervención. Dada la rapidez con que se desencadenan los hechos en estas situaciones, este análisis nunca puede ser exhaustivo ni proveer una certeza absoluta. La dinámica del conflicto es muy compleja y volátil y un único análisis de conflicto no le puede hacer justicia. Por ello, este estudio deberá adaptarse a los cambios y a las necesidades según evolucione el conflicto y el proceso de paz.

III. ¿Cuáles son las consecuencias del conflicto?

En términos globales, el conflicto violento trastorna completamente las sociedades y puede revertir los avances logrados en desarrollo humano por generaciones. Pero su impacto depende de la naturaleza, la duración y la fase del conflicto, y sus antecedentes económicos y sociales. Sus efectos también están vinculados a la respuesta de los gobiernos nacionales y de la comunidad internacional. Una sociedad que acaba de salir de un conflicto muestra un perfil similar aunque matizado por el propio contexto -una comunidad dramáticamente dividida, una distribución del poder desigual, una necesidad imperiosa de hacer justicia y una difícil división entre víctimas y combatientes.

A continuación se presenta con más detalle algunas de las principales consecuencias que más repetidamente se han dado en casos recientes:

1) **Un crecimiento económico negativo.** El sector agrícola se ve particularmente afectado con un efecto directo sobre la seguridad alimentaria. El conflicto reduce la actividad económica y la inversión, mientras que la deuda externa aumenta por los préstamos recibidos durante el conflicto. El Banco Mundial[11] estima que, en promedio, una guerra civil

[11] Véase Paul Collier, et al, 2003, op. cit.

se prolonga por siete años y cada año se reduce la tasa de crecimiento de la economía en un 2.2 por ciento. Con menos recursos y menor capacidad de responder a las pérdidas de ingresos y recursos, los pobres quedan especialmente vulnerables al impacto económico del conflicto.

2) **Un gran número de muertes** (véase cuadro 4). A ellos se añade un deterioro de las tasas de salud y mortalidad, y un declive de los niveles de nutrición y educación. El conflicto destruye la infraestructura educacional y sanitaria, y reduce el gasto social, y la inseguridad no permite hacer uso de los escasos servicios aún en activo. La suma de todos estos factores conlleva un oneroso coste humano y un deterioro del desarrollo humano.

3) **Una destrucción generalizada.** Pérdida y debilitamiento de todos los tipos de capital, plantas físicas de producción, tierras, recursos humanos, así como de capital social y organizacional, además del decrecimiento de la inversión en estas áreas.

4) **Un agravamiento de los niveles de desigualdad nacionales.** Ello conlleva a una desestructuración de los sistemas de integración social. A otra escala, una guerra tiene un impacto sobre las relaciones sociales y familiares que se reflejan, entre otras cosas, en la confrontación social, el hundimiento del tejido asociativo y la subversión de la escala de valores.

5) **Un elevado nivel de inseguridad.** El conflicto erosiona la seguridad humana. La violencia criminal se convierte en una amenaza generalizada y letal con fuertes repercusiones sobre todas las esferas de la sociedad. Además, genera reacciones en cadena que perpetúan y propagan el miedo convirtiéndose en un factor central en las relaciones sociales que no desaparecerá hasta generaciones futuras.

Chart 4. Número de fallecidos en los conflictos

Las dificultades para definir qué es un conflicto se traducen en los problemas que existen para contabilizar el número de fallecidos. Las fuentes son muy escasas y los datos que ofrecen son muy dispares entre si. Las mediciones y las metodologías varían, y no hay una formulación consensuada. Además, hasta el año 2002 la Organización Mundial de la Salud (OMS) era la única organización internacional o gobierno que ofrecía este tipo de datos. A ello se añade que no existen datos globales sobre el número de muertes indirectas causadas por un conflicto, lo que no permite tener un panorama más real de su verdadero impacto.

En este caso se han tomado dos de las fuentes más citadas que reflejan algunos de los problemas que se han detectado previamente. A pesar de no tener datos comparables más recientes, se pueden deducir algunas tendencias: el número de muertes está descendiendo notablemente, son conflictos de baja intensidad y ya no se emplea armamento pesado ni armadas numerosas.

Número de fallecidos	OMS	Lacina and Gleditsch
1998	97,893	588,000
1999	134,242	269,000
2000	99,536	235,000
2001	42,068	230,000
2002	19,368	172,000

Diversos estudios han demostrado que los bienes públicos (bienes y servicios ofrecidos por el Estado) son los más afectados por un conflicto.[12] La evidencia empírica indica que esta carencia se equilibra gracias al suministro que hacen las redes sociales emergentes, el floreciente mercado informal, los grupos rebeldes y las agencias humanitarias. A nivel doméstico, los más afectados por el conflicto son las comunidades pobres que viven en las zonas rurales y no poseen tierra de su propiedad ya que no tienen acceso a otras rentas y están fuera de la red de asistencia. Por encima de todo ello, son *las víctimas del conflicto* la consecuencia más trágica y dramática de todas las ya mencionadas y sin su recuperación no se puede alcanzar una paz sostenible. Por ello, deben formar parte de las negociaciones de paz y la toma de decisiones, pues a través de este proceso se resolverán las causas del conflicto y con ello se reducirá la probabilidad del resurgimiento del mismo.

[12] F. Stewart, F.P Humphreys y N Lee, 'Civil Conflict in Developing Countries over the Last Quarter of a Century: An Empirical Overview of Economic and Social Consequences', Oxford Development Studies, Special Issue, 1997; G. Carbonnier, 'Conflict, Post-war Rebuilding and the Economy: A Critical Review of the Literature', War-torn Societies Project, UNRISD Occasional Paper 2, Geneva: United Nations Research Institute for Social Development, 1998.

IV. ¿Quiénes son las víctimas del conflicto?

Determinar quienes son las víctimas del conflicto resulta una ardua tarea puesto que todos los que sufren una guerra son potencialmente víctimas de la misma. Ellas tienen que decir en qué medida se sienten víctimas. No se trata tanto de que alguien determine quiénes deben ser las víctimas y quiénes no deben serlo, sino que son ellas quienes deben hacerlo según su valoración personal. Este reconocimiento es el inicio de su proceso de recuperación y elemento básico para convertirlas en ciudadanos de pleno derecho con capacidad para intervenir en la agenda pública. De esta forma comienzan a construir su proceso de empoderamiento.

Para facilitar el trabajo se puede categorizar a las víctimas, pero sin que esto implique excluir lo previamente dicho. Esta división no es la misma para todos los contextos ya que variará según las propias características del conflicto. Asimismo, hay que tener en cuenta que además de las víctimas directas, hay otros muchos sectores de la sociedad que padecen las consecuencias del conflicto aunque no estén bajo ningún grupo específico. A modo de ejemplo, mostramos a continuación la clasificación de víctimas más común y amplia.

Mujeres y niñas

Este grupo está particularmente afectado por su estatus en la sociedad. Suelen ser las primeras víctimas de la guerra y son objeto de abusos sexuales, aunque también se ven afectadas por otras formas de violencia como el homicidio, la esclavitud sexual, y los embarazos o la esterilización forzosos. En el plano socioeconómico, la merma del bienestar que provoca el conflicto tiende a castigar en mayor medida a las mujeres. A medida que un conflicto modifica la demografía de un país, las mujeres se convierten en cabezas de familia respaldando a su familia y allegados. Sus nuevas responsabilidades las sobrecargan de tal forma que las lleva a buscar fuentes de ingresos alternativos (como la prostitución) para subsistir. A ello se unen sentimientos de desarraigo, falta de recursos y la obligación a reestablecerse en una comunidad ajena a la suya en la que no cuentan con sus redes de apoyo tradicionales.

Consecuentemente, esta evolución social asociada al conflicto desencadena también cambios en el rol de la mujer. En algunos casos esta transformación ha resultado positiva. Muestra de ello ha sido el papel fundamental que han tenido como promotoras de paz y la capacidad que han mostrado para desarrollar habilidades hasta el momento desconocidas. Este reconocimiento se ha plasmado en la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que específicamente recoge el impacto de la guerra sobre la mujer, su contribución a la resolución del conflicto y la sostenibilidad de la paz.

Refugiados y desplazados

Son resultado ineludible de la guerra y la persecución. Actualmente, alrededor de 40 millones de personas viven en estas condiciones. Sus problemas pueden reducirse a la provisión de bienes materiales y seguridad física aunque, en realidad, supone además complejos procesos psicológicos de destrucción (trauma, pérdida, incertidumbre). A ello hay que añadir que a veces son VIH positivos, víctimas de violencia de género o con riesgo de ser sujetos a la violencia en los campamentos de refugiados. Algunos son familiares de desaparecidos o han sobrevivido a la tortura.

La decisión de marcharse de sus lugares de origen siempre es involuntaria y se caracteriza por dos emociones contradictorias: sentimientos de desesperación ante una situación de la que no pueden salir y sentimientos de resistencia para buscar una solución motivada por el deseo de salvar su vida y la de su familia. La huida suele ser traumática. Continúan en estado de "shock" ante la experiencia de haber perdido todo, y bajo este caos no son capaces de tomar las elecciones más adecuadas. La llegada al lugar de destino no siempre satisface las expectativas. En el caso de los refugiados, les sobrellevan los numerosos problemas de supervivencia que han sufrido en el trayecto y sólo es en ese momento cuando son conscientes de las heridas psicológicas que les infligen. Los desplazados, por su parte, se enfrentan a un sentimiento contradictorio pues se sienten extranjeros en su propio país a lo que se suma la marginalización que sufren por parte de la comunidad autóctona. A pesar de que en ocasiones ni

los refugiados ni los desplazados desean volver a sus lugares de origen porque se han rehecho su vida, queda la permanente sensación de no pertenecer al sitio de acogida.

Excombatientes

La tarea de definir quien es combatiente no siempre es fácil. Tradicionalmente, eran aquellos registrados en la estructura de comando. Pero las unidades de combate incluyen otro gran número de combatientes irregulares que son desplegados temporalmente, como por ejemplo mujeres y niños que hacen trabajos de propaganda, transportan material, cuidan a los enfermos y son obligados a realizar servicios sexuales. La cuestión también surge en cuanto a cómo clasificar a los familiares de los combatientes que se mueven con las tropas y dan asistencia ocasionalmente. Dada la realidad de las guerras modernas, una estrategia de desmovilización debe definir el término "combatiente" de forma inclusiva pero también tan precisa en relación al conflicto en cuestión como sea posible.

Algunos combatientes son perpetradores, algunos son víctimas y otros son ambos. Unos han sido forzados a ejercer ese rol, mientras que otros han decidido luchar voluntariamente. Ciertos actúan como ciudadanos de su Estado y otros lo hacen porque se sienten identificados con la causa de liberación. La reintegración depende de cómo se toman en cuenta dichas historias diferentes. Es por tanto crucial que los programas de cooperación eviten una falsa y potencialmente destructiva homogenización de los excombatientes.

Durante el conflicto los combatientes han ejercido la violencia, han sido testigos de ella y la han sufrido. Bien durante el conflicto o una vez terminado, estas cuestiones se convierten en graves problemas que pueden acarrear crisis mentales. Tras la guerra, la identidad de guerrero deja de tener significado. Los individuos dejan de ser miembros de la institución que les ha protegido y ha sostenido su identidad pasada. Ya en la vida civil, el individuo debe hacer una nueva evaluación de la realidad en la que se cuestionan formas de comportarse y en las que el pasado juega un rol importante. Aunque complejo, este es un proceso de aprendizaje pero también puede llevar a una severa crisis de identidad.

Familiares de los desaparecidos y asesinados

El elemento clave en el apoyo a este grupo es la confrontación con la pérdida. Una pérdida de este tipo es siempre traumática y resulta en un proceso de luto difícil. Además, tiene un componente político ya que los muertos son la expresión más tangible de destrucción. Cómo se gestione es un factor crucial para determinar si la cultura de guerra se puede reemplazar por una cultura de paz cuando el conflicto haya terminado.

Al dolor de los familiares de los desaparecidos hay que añadir un estado de incertidumbre difícil de sobrellevar. O no tienen información o la que tienen es variante y dudosa. Con el tiempo, las familias aprenden a vivir con esta nueva realidad y reorganizan sus vidas entor-

no a la búsqueda continua del desaparecido. Así es como la inestabilidad y la incertidumbre son realidades permanentes que caracterizan la vida cotidiana. Los que dependían de los desaparecidos viven en un estado para el que la sociedad no tiene nombre (la mujer no es viuda oficialmente pero tampoco tiene marido).

Lo más repentina y brutal que sea la muerte y lo menos aceptada e integrada social y políticamente, lo más complicado será el luto. A pesar de que esta situación no se caracteriza por la incertidumbre, la dificultad de sobrellevar la muerte es enorme. En muchas ocasiones esto depende de cómo ha fallecido -no es lo mismo ser torturado que morir en acto de servicio. Sufren de rabia y culpabilidad, y tienen sentimientos que van desde la pasividad hasta la desesperanza. En estas condiciones, el período de luto se vincula durante mucho tiempo con el miedo de que el conflicto y la violencia ejercida en ese período resurjan.

Torturados y prisioneros políticos

El objetivo final de torturar a alguien es destruir la víctima directa y simbólicamente. A través de la violencia física, se construye un dilema que logra romper la resistencia del prisionero. Se le da la alternativa de traicionar sus convicciones políticas y salvar así su vida o defender sus convicciones y por tanto condenarse a la muerte. Aunque no sean prisioneros políticos, se enfrentan al mismo dilema y cualquier decisión que tomen (confesar o no) no les conducirá a un mejor destino. Las consecuencias destructivas de la tortura persisten por mucho tiempo ya que la estructura mental de la víctima se rompe al creer que han participado activamente en su propia destrucción. Tienen sentimientos de culpabilidad y de pérdida de autoestima. El trauma que resulta no solo destruye sus habilidades previas, sino que arruina cualquier otro potencial de aprendizaje. Además, su comportamiento varía y se vuelven agresivos y autodestructivos.

V. Cambio de enfoque

Más allá de infraestructuras destrozadas, edificios derruidos y servicios inhabilitados hay sociedades destruidas, devastadas, separadas. Reina el miedo y la pobreza, y el grado de vulnerabilidad incrementa a medida que pasa el tiempo. Los riesgos a los que se enfrenta la población muy a menudo están exacerbados por la insurrección social, la violencia y la permanente sensación de inseguridad. A lo que se suma la aparición de refugiados y desplazados cuyos intereses a veces se enfrentan a los de la población autóctona. Si además se toma la perspectiva temporal, hay generaciones enteras que sólo han vivido en guerra y no conocen otra forma de vida. Bajo estas circunstancias las necesidades humanas a largo plazo son múltiples pero las respuestas son insuficientes. La asistencia humanitaria por si sola no puede responder y las redes informales locales que hasta ahora tenían una función protectora están dañadas y fragmentadas viéndose abocadas a su fin.

La solución no es fácil y su forma varía según las circunstancias de cada conflicto. Pero hay un elemento

que es invariable y constante independientemente del lugar, origen, causas o consecuencias de la crisis. Si se quiere poner freno al continuo resurgimiento de los conflictos y a la destrucción humana que conllevan, la solución pasa, inevitablemente, por incluir a la sociedad en todas las esferas, instituciones y tomas de decisión. Por ello, los donantes deben centrar sus esfuerzos en dar un rol principal a la población, ofreciéndole las herramientas y los mecanismos necesarios para decidir qué paz y qué futuro desean para su país.

© Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) 2006. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en el sitio web de FRIDE: www.fride.org.

Este documento pertenece a FRIDE. Queda prohibido todo tipo de reproducción o redistribución, total o parcial, sin el permiso previo de FRIDE. Las ideas expresadas por el autor no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre este documento o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org.

www.fride.org

Felipe IV, 9 1º Dcha. 28014 Madrid — SPAIN. Tel.: +34 915 22 25 12 — Fax: +34 915 22 73 01. Email: fride@fride.org